Escribir por Derechos

Concurso de Microrrelatos de AMNISTIA INTERNACIONAL MADRID

AMNISTÍA INTERNACIONAL

ACTO DE ENTREGA DE PREMIOS DE LA I EDICIÓN DEL CONCURSO DE MICRORRELATOS DE AMNISTÍA INTERNACIONAL MADRID "ESCRIBIR POR DERECHOS"

Jueves 4 Diciembre
19.30h
Salón de Actos del Ateneo de Madrid

C/ Prado 21. Madrid

Metro Antón Martín/ Sevilla
Entrada libre hasta completar aforo

AMNISTÍA INTERNACIONAL

sestras reliquias culturales. Ordenan liberación de mujer nativa presa por aborto. Todo pudo ser distinto. Tradiciones. Otro mundo, otra realidad. Pecho. Petición. Rebelde. ¿Cuando olvida una madre? A la fuerza. Abortesalvandovidas. Autoconquista. Blanco. Registro corporal. Brenda María. Cafetería casi vacía. Cuando te hablamos a una pared. Inocencia. DDHH y los siete pecados capitales. De calma y fuego. De amantes, leyes y cafetales. De vuelta a casa. Definición. Difícil de creer. Mágicas mujeres. Margaritas. Sólo la información te hará libre. Soy de mi. Manma, una de tantas. Soy libre. Más allá del sofá, por una ginecología inclusiva. Matemática demente. Mi derecho a la vida. Mi funeral. Mi hijo Tomás. Mi madre... si que lo es. Mi vida, mi decisión. Microrrelato por amor. Miedo. Nasakuna. Niño. Mis derechos son tus derechos. Escapo de mi vida. Esperar. Esperanza. Mentadora de praderas. Azares. Belinda. Mientras libre. Muda por acordarte. Mujer mas mujer. Mujer. Nadie quiere esto. Nadie te va a querer como yo. Nanir. Nariz. Libertad provisional. No es otra película de superheroes. Niños. El cargamento. El comienzo de una vida. Carasexo. El principio. Historias sin terminar. Horizonte. Derecho a decidir. La sonrisa de madiella. La única puerta. La vida no se compra con lo material. Derecho de vida. Cantaba, pudiendo. Desde la facultad. Cuestión de genero. Destrucción. No es hoy. Una noche inolvidable. No lo permitas. Pequeñines forradas. Su propio trazo. Carolina. Sueño de fuga. Decreto de muerte. El pensamiento. Grandes esperanzas. El precio de la paz. No morir, fue mi decisión. Caída. Calaba cobija. No volverá a suceder. Noche y bruma. Nos vamos en el sello. Permiso para no sentir. Desolación. Abren los pies. Amina y Aneesa. Dolor de parto. Un tomado verde. Relato sin título. Escenarios. Resarcir la dignidad de las mujeres. Donde está mi cuerpo están mis derechos. Espectador en 4D. Dos padres, una familia. Educando al macho. Educar la mirada. Olor desconocido. El aborto en las sentencias. El ajetreo. Tu cuerpo es mío. Acciones encadenadas. Algun día. Amar con libertad. Ella. En dos prisiones. En esta carne. Un pecado horrible. Engendrar. Decidir. No pudo. Epidemia pastún. Clarosuro. Mi vida sin mi. Esterilización. Sin amor. Sin título. Sofía y esperanza. Estupro. Fantasía de honor. Gay o no gay. Generacional. Gracias mama! La noche. La herencia de tu moral. La hermana de Rapunzel. Derechos humanos. La oportunidad de ayudar. Demasiado tarde. Diferente. Grito a la libertad. Habitación vacía. Hablamos de tu madre. Saltar. Respeto. Sentimiento de responsabilidad. Hasta cuando. Helado tres marías. Lidia contigo. Hijos. Perversidos ellos. Objeción. Piedras que sepultan mi elección. Mi cuerpo, mis normas. Mi decisión. Pensatelo bien. Pobre Ignacia. El valle. El la garza. Por ese sendero. Por eso nuestro negocio marcha viento en popa. En cualquier lugar. Por ustedes exigo tus derechos. Primavera árabe. Procesa Doctora. Querido profe. Respectadamos. La ley del amante. La madre Tierra. Retrospectiva. Rita. Rojas amapolas. S.O.S. a los d.d.h.h. Ser o no ser. Sesenta años. Comprometido. La decisión. Cortadas. Si se cae, se cae. Yemo. Yo tenía quince años. Soy Jon, un espermatozoide. Una vida. Sueños. Amantes. Juana. Lista. Lluvia de lágrimas en Navidad. Suerte efímera. Libertad pido. Tabla del nueve. Tabues incomprensibles. Techos. Ni rastro de ti, nada de mi. Niñas princesas. El sueño de Peter Benenson. El prototipo. Elegir igual a creser. Tras la puerta. Tricia. Cedaw invisibles. Papá y los derechos humanos. Cobardía. Tu puedes. Un paso al costado. Libertad incondicional. Escuerzos y princesas. Una breve estancia. Hossein y Medi. Unididad. Imagen primera. Imagina. Indefensos. Infancia autodestina. Instrucciones para tener un cuerpo. Juego de adultos. Karaman kuka la casa de karaman. La amiga Angela. Mi cuerpo, mi decisión. La criminal. La esencia de las cerillas. Secuestro. El dilema de Narma. El pecado de amar. La historia del mundo. La mariada. La muñeca. La niña Vanesa. La pecera mágica. La puta honesta. La senda de Madi. La sepultura. Memoria selectiva. Mi cuerpo es mío. Emociones. Mi cuerpo me da la vida. La despedida. La letra del abecedario. Las cosas de la vida. Los intocables. Las piedras. Libertad. Conciencias. Límites. Amira. Andrógenos. Anuncio de nuevos alcorces. Argumentos para una conciencia. Atrevete Marcela. Aunque tenerlo cuelte de los hombres. Limpieza racial. Los DDHH asaltados por el individualismo. Los que odian. Una, dos, tres. Uno por otro. Vaisja faraonica. Veneno tatuado. Objeción. Piedras que sepultan mi elección. Mi cuerpo, mis normas. Mi decisión. Pensatelo bien. Pobre Ignacia. Vértigo. Vidal. Vida, sueño y pesadilla. Voces. Y si cierras los ojos. Mi cuerpo, mis derechos. Y un día. Yana no quiere tener más hijos. Linda. Resurrección. De la niña a la guacharaca. Una pesadilla. Escribiendo la historia de la paz. Respeto. Sentimiento de responsabilidad. Hasta cuando. Miradas. Las paredes. Pasos sordos. DNI. Sigrid. Dolores de luz. Quiero. El obstetra. La lucha de varias generaciones.

1ªEdición.2014.

Tema: Derechos sexuales y reproductivos.

1. Conciencias

Decido mover mi pie y sin dificultad lo hago. Camino con mis piernas todo lo que me propongo, no hay barreras para ellas.También controlo el movimiento de mi mano. Los dedos se agitan si lo deseo. La boca habla, besa y ríe cuando quiero. Y mi mente vuela libre como un pájaro errante en busca del calor y del confort de una estación cálida que la acoja. Soy un ser afortunado, muy afortunado.

Sin embargo no tengo el poder de mover conciencias. De hacer ver al mundo que los pies deben ser vehículos de libertad, barcos de caminos solidarios. Que las manos son cadenas de afecto infinito y cuencos de alimento para humanos. Que los dedos, frágiles y fuertes telarañas de contacto. Que la boca fiel reflejo de una danza musical que canta alegre por los campos.

Quiero cada parte de los cuerpos, libre, afortunada, como yo, que tuve la suerte de nacer al otro lado. Como tú, al otro lado.

Por eso necesitamos pies, manos, piernas, dedos, bocas, conciencias.

Beatriz Cerón Morales.

Málaga

española. Y negra. Y está embarazada. Y no viaja a Londres para hacer turismo sino para abortar de forma legal y segura porque en su país no puede. Se siente sola pero no llora.

Para terminar -si lo desea- cuente hasta diez de nuevo. Muy despacio.

Raúl Oliván Cortés
Tarragona

2. El viaje

Le invito a que cuente hasta diez conmigo –muy despacio- mientras se mete en la piel de una mujer negra. Uno. Pongamos que es de noche y que se halla en algún punto indeterminado sobre el mar, a varios kilómetros de distancia de la costa española. Dos. Bajo sus pies se mueve todo y el inmenso vacío ruge con tanta fuerza que parece que la quiera devorar viva. Tres... cuatro... cinco. Tiene frío y se siente sola. Las personas que hay a su alrededor le miran de reojo, quizá quieran robarle o simplemente se han dado cuenta de que está usted embarazada. Seis. Casi todo el dinero que tenía lo ha invertido en el viaje. Siete... ocho. Atrás ha dejado a toda su familia y su pueblo, donde hace tiempo que no tiene empleo. Nueve. No tiene noticias del padre y tampoco las espera. Diez. A pesar de todo, usted no llora.

Ahora procure olvidar todo lo anterior e imagine a otra mujer. Una mujer viajando hacia Londres. En un vuelo barato de madrugada. Tiene frío. La miran de reojo. El avión acaba de sobrevolar el cabo de Finisterre pero ya se encuentra a varios kilómetros de distancia de la costa. La mujer es

3. En dos prisiones

Una tenue luz de lo que parece un sucedáneo del sol atraviesa los barrotes de la celda de Alexia. Sentada en lo que en otro tiempo pudo ser un camastro, unas lágrimas caen por su rostro magullado, diluyéndose por su maquillaje. Apoya su mano en la sien, haciendo un intento de poner sus recuerdos en su lugar original. Esa mañana se sentía muy bien. Se había comprado ropa y le apetecía estrenarla en el centro. Se vistió, maquilló y salió dispuesta a sentirse guapa. Por la calle la gente se volvía para verla. Ella no pensaba si les gustaría el modelo o no, ella era la más bella. Nadie le podía quitar eso. Al llegar a la plaza, sacó su smartphone para hacerse una foto y dedicársela al mundo. No se dio cuenta de que unos tipos se fijaron en ella. Comenzaron a

increparla. Después la insultaron. Cuando intentó huir, la zarandearon. Y cuando menos lo esperaba, llegaron los golpes.

En su celda, Alexia pone sus dos manos en las sienes para reconstruir una última imagen. La de las personas que andaban por la plaza, miraban lo que pasaba y no la ayudaron por más que ella pidió auxilio. ¿Cómo se iban a enfrentar a la policía? Ella era una delincuente.

Primer delito: vivir en un país donde no la reconocen como persona. Su gran delito: ser una mujer encerrada en el cuerpo de un hombre.

José Sáez Olmos
San Pedro del Pinatar (Murcia).

4. Habitación vacía. (GANADOR)

En las aldeas del interior de la India más alejadas del turismo védico, todavía les ponen precio a las niñas. Para la mayoría su destino no será un burdel sino la cocina y la alcoba marital de alguna familia. Se dice que en esas aldeas que comercian sin pudor con sus hijas habita una casta de mujeres que nadie ha podido pagar. El único dueño de sus cuerpos son ellas y no se ponen precio.

Sin embargo, un hombre audaz que no respetaba ni la sabiduría popular ni a nadie que no fuera él mismo, decidió un día secuestrar a una de aquellas mujeres para convertirla en su esposa. Los que saben dicen que nadie puede someter a las mujeres de esa casta porque son capaces de desvanecerse a voluntad. Pero, quién cree hoy en leyendas.

Cuando el secuestrador hubo llegado hasta su casa, condujo a la mujer hasta un cuartucho sin iluminación, aseguró el cerrojo y corrió a comunicarle a su familia que lo había conseguido. Por supuesto, toda la familia quiso ver a la nueva esposa y les llevó corriendo hasta el cuarto donde la tenía encerrada. La madre, orgullosa, estaba al lado de su hijo victorioso cuando abrió la puerta para encontrarse en el umbral de una habitación vacía y en silencio. En el lugar donde debía llorar una mujer secuestrada quedaba únicamente un montículo de arena y sobre él un pedazo de madera con dos palabras talladas: yo decido.

David Guijosa Aeberhard
Kungsör (Suecia)

5. Identidad.

Se miraba en los pedazos de espejo que habían quedado por el suelo. Un morado en un ojo por los hombres a los que había mirado, la vagina sangrante por negarse a tener relaciones con su marido a los 14 años, un tímpano roto por escuchar a otras personas que no eran él, el clítoris mutilado

por tener la capacidad para sentir placer, los labios hinchados por negarse a besar a su violador tras la boda, la mandíbula rota por decir basta, un mechón de pelo arrancado por querer peinarse para salir, un brazo fracturado por intentar aprender a escribir, un pezón mordido por pasear con una camisa escotada... Una condena por el único delito de haber nacido mujer. Un juez que dicta sentencia para proteger sus privilegios de hombre y esconder su inseguridad.

Le costaba mantener la mirada sobre su reflejo porque no se reconocía a sí misma, pero no por la violencia que había sufrido, sino porque ella no era ninguno de esos golpes. Ni ella ni ninguna mujer. Así que esta vez fue ella la que cogió el espejo y lo terminó de romper, rechazando lo que hasta hoy le impusieron en forma de creencias, tradiciones o costumbres, y negándose a bajar la cabeza cuando decían que su situación no era tan mala, que ella se lo había buscado, que las cosas siempre han sido así. Nunca más. Algo nuevo había comenzado. Porque su cuerpo y su vida sólo le pertenecen a ella.

Ariana Olivares Martínez
Santa Cruz de Tenerife

6. La herencia de la moral.

Arriba ardía el velero rubio sobre el cielo, abajo el niño sonriendo fue a tomar un pedrusco. El padre lo miró orgulloso, le dijo que había seleccionado aún una roca muy pequeña, le señaló otra debajo de un arbusto. La piedra se mostraba solemne y solitaria, con su antigüedad mineral sobre la tierra, con una sabiduría incólume de ser testigo del origen del planeta. Las frágiles manos del niño no respetaron la edad ancestral.

A cuestas el niño balanceaba su cuerpo con la pesada piedra, apenas podía dar los inseguros pasos con ella hasta llegar a su padre, quien observó con orgullo la evolución del hombre, el crecimiento humano, el aprendizaje sereno de los niños. Sonrió y despeinó al pequeño. Por fin, cuando tuvo la pesada roca entre sus adultas manos, apartó a su hijo, y se sumó a la multitud enardecida que apedreaban a una pareja de mujeres que fueron halladas besándose a escondidas, en proximidades del rio. El tiro certero encontró la frente ya abierta y roja de una de las mujeres que lloraba la grave culpa del amor. El gentío profería contra esa injuria a la moral de la cual eran culpables aquellas mujeres.

Con la misma mano que extendió la piedra, el padre tomó al niño y regresaron a casa. Su orgullo se inflamaba cada vez más, consideraba que es hermoso luchar por el bien de la familia, la religión, la moral y el Estado. Suspiró, miró al niño y sonrió.

Alejandro Marcelo Corona
Salta, Argentina

7. Olor desconocido.

A veces movía la nariz sin darse cuenta olfateando algo como los sabuesos. Saboreaba todos los perfumes que se le acercaban, intentando encontrar algo diferente. Pero fragancia a fragancia, mujer a mujer..... Todo era simplemente lo mismo. Rosas, violetas, jazmín, lavanda, e incluso limón..... Su nariz absolutamente aburrida buscaba entre la gente. Por las noches mientras miraba las estrellas, perdió la fe en encontrar un olor nuevo. Entonces se asió del brazo del azahar y dejo de buscar. Justamente un par de años más tarde sintió de pronto una fragancia nueva, no sabía a qué olía, pero era una flor de eso estaba seguro. Una flor extraña, que nunca había olido. Y allí le vio, de ojos de mar, de olor desconocido, embriagador. Durante unos minutos no supo que hacer, nunca había pensado en la posibilidad que lo que buscaba no estuviera en una mujer. Volvió a olfatear con intensidad.

Ainhoa Bárcena Escarti
Cádiz (España)

8. Piedras que sepultan mi elección.

Me llamo Sahar Nawaz y soy pakistaní. En este momento, mi cuerpo siente cada golpe pero mi mente viaja entre imágenes. La primera es ese carro viejo, donde pasaba las horas con mi amiga Fátima, allí nuestros sueños parecían materializarse y compartíamos confidencias y juegos. A continuación, la imagen de los escombros y la suciedad de mi barrio abruma mi mente, mientras el dolor de mi cara y de mi espalda me vuelve a la realidad. Siento flaquear las piernas y de repente, el recuerdo de ese aroma: la masala, que preparaba mi madre, esa mezcla de canela, cilantro, cardamomo, pimienta negra, nuez moscada y el perfume que emanaba. Y después, otra imagen, las clases de Corán que tanto me gustaban y que tuve que dejar para trabajar en una fábrica de ladrillos... Ahora, mi mente empieza a girar, me parece que voy a perder el conocimiento, me vienen recuerdos en forma de ráfaga: el arroyo donde lavaba mi ropa, el bazar más cercano, el hombre mayor con el que intentaron casarme, mi oposición, el sentimiento de deshonor de mi padre, mi huída de casa y sobre todo, el encuentro contigo mi amor. En el ocaso del sol, en esa colina, tus manos de artista entrelazadas a las mías y tus ojos color avellana son el mejor recuerdo que me llevo de esta vida. Qué pena de este amor incomprendido. Mis ojos no se abrirán más, sólo una última piedra y luego la oscuridad completa.

María del Oso Roca
Madrid.

9. Su propio trazo.

Intentó no salirse del dibujo. Seguir la línea de puntos que marcaba la figura de un pequeño gatito. Sólo tenía que apretar fuerte el lapicero y dirigirlo con su mano sobre las marcas. No lo consiguió.

Nunca pudo transitar por la línea estipulada.

En la yurta, la cabaña desmontable de una familia nómada mongola, se repite el diario ritual de vida: recoger los animales, ordeñarlos, reunirse alrededor del fuego... Ganbaatar tiene doce años y juega a ponerse la ropa de su madre. Como primogénito de la familia, él es el encargado de cuidar los caballos de carrera de su padre, aunque, sin alcanzar a entender bien el por qué, aquello nunca le ha atraído. Porque a él lo que de verdad le gusta, es jugar a mamás con las cabritas y vestirse tan guapa como su hermana.

Un joven fotógrafo, de pelo corto y cuidada perilla, deambula por los rincones más perdidos del planeta buscando con su cámara a todos aquellos que como él, como Ganbaatar, nunca consiguieron seguir la línea marcada.

Ya no quiere explicarse nada, ni justificarse, ni entenderse, ni... Guarda en su cartera la foto de una pequeña sonriente que sujeta un papel con el perfil, mal trazado, de lo que debería haber sido un gatito.

De aquella niña, el fotógrafo que es hoy, sólo mantiene el deseo de capturar con sus instantáneas el momento en el que un ser humano, prescindiendo de los perfiles que los demás le han marcado, persigue y alcanza su propio trazo.

Asun Blanco Cobelo
Bilbao

10. Instrucciones para tener un cuerpo.

En deuda y homenaje a Julio Cortázar

Ten este cuerpo que no es tuyo. Tenlo, por un instante, para entregárnoslo después. Como a todo aquello que se teme, lo prohibiremos. Preocupados por su violenta explosión, por sus colores, no dejaremos de cercarlo.

Lo peor de tu cuerpo es su incertidumbre, y ese silencio que lo circunda. Cuerpo-pregunta. Cuerpo-abismo. No sabemos descifrar la fascinación de su fondo.

Por eso lo coseremos.

Para no tener que asomarnos al hueco por donde circula su extraña sombra. No queremos contemplar las flores que brotan de él, el fuego que lo anida.

Velaremos tu rostro.

Porque es la primera parada de tu cuerpo. Para no transitar, insomnes, el viaje por la piel, tu voz donde nos asfixiamos, el olor de la cara. Y después, siempre, la imposibilidad de entender: el final de tu rostro es una frase escrita en el agua.

Por eso gruñiremos contra él, desesperados.

Lo apedrearemos.

En todos los momentos de la historia, encontraremos razones para golpearlo.

Hemos hecho de tu cuerpo este dédalo de pasillos ciegos, de puertas condenadas por donde tu deseo, por fin, se ha olvidado de sí mismo. Toda esa hambre, incomprensible, adelgazada por fin. Tu cuerpo ni siquiera conserva su odio: lo hemos convertido en nuestra guerra.

Así que ten tu anonimato, y el miedo, y la vergüenza. Tu cuerpo, que no es tu nombre ni eres tú. Ese cuerpo otro, tuyo por un instante, hasta que se hace nuestro.

Carlos Pitillas Salvá .
Madrid